

POESÍAS

DEL PADRE FRAY

CONRADO MUÑOS SAENZ.



SORIA,
IMPRESA DE D. SATURNINO PEÑA.
1888.

S.S.-F
D
17

ROZIN

DEL MUNDO 1911

CONRADO MÜLLER SAENZ

B.P. de Soria



1060265

SS-F D-17

22

S.S.-F.

D-17

R. 5.264

POESÍAS

DEL PADRE FRAY

CONRADO MUÑOS SAENZ.



SORIA,
IMPRESA DE D. SATURNINO PEÑA.
1888.

M. I. AYUNTAMIENTO DE LA CIUDAD DE SORIA.



Noticiosa la Corporacion de la complacencia con que los concurrentes al salon de actos del Instituto provincial de segunda enseñanza, el dia 19 del corriente, con motivo de la conferencia celebrada por el Ateneo cientifico *El Pensamiento*, oyeron leer al P. Fr. Conrado Muiños Saenz, del Colegio de Agustinos de Valladolid, las poesias *Á MI PÁTRIA* y *AURELIO*, de que es autor; y deseosa de significar su admiracion y cariño á tan modesto como distinguido literato, hijo de la provincia, no solo por los laureles que con su laboriosidad y talento ha sabido conquistarse, si tambien por la benévola acogida que dispensó á la Comision de este Ayuntamiento que pasó á ofrecerle el púlpito de la Insigne Iglesia Colegial de San Pedro para la próxima festividad de *SAN SATURIO*, Patrono de la Ciudad, contando al efecto con el beneplácito del ilustrado Sr. Magistral del I. Cabildo D. Tomás Ruiz, cuyo encargo dijo aceptaria con el mayor gusto si se obtuviese el indispensable permiso de sus superiores, en sesion de 21 de los corrientes acordó publicar dichos trabajos literarios al expresado objeto y para satisfaccion del vecindario, insertándose á continuacion en cumplimiento del mencionado acuerdo.

Soria 25 de Agosto de 1888.

EL PRESIDENTE,
JORGE OLCINA.



El Secretario,

HÉRCULES GARCÍA MORALES.

À MI PÁTRIA.

PATRIA mía, patria mía,
de Soria bendita tierra,
cuanto ilustre desgraciada,
cuanto desgraciada, bella!

Desde las tristes llanuras
del nebuloso Pisuerga,
vengo á verte, patria mía,
tras largos años de ausencia.

¡Cuán dulce me es renovar
tantas memorias risueñas,
tantos ensueños dorados
de la edad de la inocencia!

Arrodillarme en la ermita
do al gran Saturio veneras,
y donde mi dulce madre
dictó mi oracion primera;

Besar la cruz so la cual
la resurrección esperan
los restos de mis abuelos
que Dios en su gloria tenga;

Postrarme humilde á los piés
de aquella Virgen morena
á quien á amar me enseñaron
y á invocar en la edad tierna.

Ver tus calles y tus plazas
y del Duero las riberas,
donde, como yo otros días,
tiernos niños juguetean;

El jardin donde corrí;
en las estivales siestas
persiguiendo mariposas
entre aromas de azucenas!....

Aquí, al mirar esconderse
en una tarde serena
el gran luminar del día
tras de las vecinas sierras,

En mi corazón de niño
sentí por la vez primera
eso que dicen que sienten
los que han nacido poetas.

Las cántigas que escribí,
hoy me sonrío al leerlas;



pero aun tienen no sé qué
encantos que al alma llegan.

Apenas pongo los pies
en esta bendita tierra,
¡tantas ideas me acuden!
¡tantos placeres me anegan!...

Ansioso de ver montañas,
mi espíritu se embelesa
mirando al *pico de Frentes*
alzar sus formas esbeltas.

Para admirarla una vez
es la llanura muy bella;
mas ¡ay!... parece un desierto
de soledad y tristeza!

Aquí es más puro el ambiente,
aquí es el aura más fresca:
parece que las montañas
están del cielo más cerca.

Dulcísimas emociones
hallo en la casa paterna;
padres, hermanos, parientes
que obsequiosos me rodean.

Y á cada paso que doy,
memorias que me conmuevan
y labios que me sonrían
y manos que se me tiendan.

Niño abandoné tu seno;
¡tan bella para mí eras!...
he visto más: vuelvo jóven,
y hoy me pareces más bella.

Yo tengo una pobre lira,
y tengo sangre en las venas;
ésta, para amarte siempre,
y para cantarte aquélla.

Te llaman pobre y oscura,
patria mía, y te desprecian...
¡también desprecian á España
las naciones extranjeras!

Ni vive de pan el hombre,
ni cuando de pan viviera
á tus hijos les faltara
si desgraciada no fueras.

Aúu hay madera en tus bosques,
y pastos en tus dehesas.



tesoros en tus entrañas,
mármoles en tus canteras.

Mas no envidies los verjeles
de Andalucía y Valencia:
que no es mengua la desgracia
ni es deshonor la pobreza.

Madre de ilustres varones
en las armas y en las letras,
dechado de la hidalguía
y solar de la nobleza.

Eres cristiana, eres noble,
de cien lauros heredera,
y aun postrada, eres Señora,
y aun destronada, eres Reina!

Tienes nevadas montañas
y cañadas pintorescas,
prados cubiertos de flores,
pinos de verdura eterna,

Arroyuelos que sonríen,
torrentes que se despeñan,
y manantiales que brotan
las encantadas cavernas.

Al pié de los campanarios
donde anida la cigüeña,
cual bandada de palomas
se cobijan tus aldeas.

Aquellas casitas blancas,
tan limpias cuanto modestas,
son venturoso teatro
de patriarcales escenas.

Allí en el extenso hogar,
al resplandor de una tea,
oyen al trémulo anciano
que antiguas historias cuenta.

Niños de negros ojuelos,
y madres de faz risueña,
mancebos de hereúleas formas,
vírgenes de tez morena.

Y allí, cantando en el valle,
guía el pastor sus ovejas
entre el aroma silvestre
del romero y la ajedrea.

Y bajo de un sol radiante
brilla el rocío en las yerbas,

trista el cordero en el prado,
canta el pájaro en la selva.

Y allí se cree y se ama,
y se trabaja y reza,
y una cruz tiende los brazos
sobre la cuna y la huesa.

Tienes torres bizantinas
murallas y callejuelas,
de esas que desprecia el vulgo
y que encantan al poeta;

Atalayas cuyos muros
cubren el musgo y la hiedra,
castillos de hadas poblados
y poblados de leyendas;

Campos y valles y ruinas,
de grandes recuerdos llenas,
teatros de heróicas luchas
y de homéricas proezas:
Numancia, Lucía, Augustóbriga,
Segeda, Uxama y Termencia;
Gormaz, Calatañazor,
Alcozar y San Esteban.

Medinaceli, Almazán,
del Duero entrambas riberas,
y los campos de Araviana
y de Idúbeda las sierras,

Cien rocas en cada monte,
y en cada roca una cueva,
y en cada cueva una historia,
y en cada historia un poema!

¡Patria mía, patria mía;
eres grande y eres bella,
y aun postrada, eres Señora,
y aun destronada, eres Reina!

Hoy á tus brazos he vuelto:
mañana... dejarte es fuerza;
pero cuando yo te olvide,
se habrá de secar mi lengua.

Patria; que Dios te bendiga,
de Soria querida tierra,
cuanto ilustre desgraciada,
cuanto desgraciada bella.

FR. CONRADO MUIÑOS SAENZ.

Setiembre de 1883.

AURELIO.

FRAGMENTO DE UN POEMA.

Oculto de un jardín en la espesura,
de una colina al pié, sus muros hiergue
una casa de humilde arquitectura,
de Ambrosio de Millan tranquilo albergue

Amplia cortina de frondosa hiedra
al corredor trepando se encarama,
y en el balaustre de negruzca piedra
verde parral sus pámpanos derrama.

Y es una tarde bella, encantadora,
de las que infunden plácido desmayo,
tarde como las pinta y las colora
desde el cielo de Italia el sol de Mayo.

Pasó la tempestad, y en el Oriente
el Iris brilla, el sol su disco asoma;
puro está el aire y húmedo el ambiente
que embalsaman las flores con su aroma.

De la colina por la verde falda
en las hojas la brisa juguetea,
y cayendo en un lecho de esmeralda,
el agua de los árboles gotea.

La opulenta Milán se vé á lo lejos
que en la extensa llanura se dilata,
del moribundo sol á los reflejos
sus cúpulas teñidas de escarlata.

Cual del lejano mar el oleaje,
suenan tal vez del circo los rumores,
que apagan, revolando entre el ramaje,
con su dulce trinar los ruiseñores.

Silencio augusto, plácido retiro
que sólo turban ruidos inocentes:
de aves el canto, de auras el suspiro,
susurro de hojas y rumor de fuentes.

Blanca la barba y el cabello cano,
radiante el rostro que bondad respira,
la hermosa escena el venerable anciano
desde el abierto corredor admira.

En la profunda arruga de su frente
revela el hondo meditar del sabio,

y de emoción inmensa balbuciente,
silenciosa oración vaga en su labio.

Sin osar de aquel alma enamorada
el éxtasis turbar con su saludo,
clavada en el anciano la mirada,
há rato un jóven le contempla mudo.

Talle gentil, escultural cabeza
y facciones de rasgos varoniles;
meridional y enérgica belleza
en todo el brillo de los treinta abriles.

Pero muestran que ha ajado la amargura
las ilusiones de la edad lozana
en su frente la arruga prematura
y en su cabello la traidora cana.

Bien dicen los latidos de su seno
que es grande su dolor, su angustia mucha;
bien en su rostro pálido y moreno
muestra del corazón la sorda lucha.

La fiebre que devora sus entrañas
y el fuego enciende de sus labios rojos,
por entre las inmóviles pestañas
brota en sus negros y rasgados ojos.

Así al anciano contempló algún trecho,
callado, inmóvil, casi sin respiro,
pero al mirar al sol, el hondo pecho
profundo y triste dilató un suspiro.

Tocaba el sol la cúspide del monte
luz de carmín dejando tras su huella,
y en el limpio confín del horizonte
brillaba del amor la blanca estrella...

—¡Aurelio... aquí!..— con amoroso acento
dijo Ambrosio tendiéndole la mano:
—¿quizá te hice esperar? .. ¡Cuánto lo siento!..
La distracción perdona, anciano.

Aquí y en la basílica cristiana,
¿quisieras oír mi voz, cansada y ruda,
tú, á quien la culta sociedad romana
como á su nuevo Cicerón saluda?

—Ah!.. prosigue: la cumbre el sol traspone;
y contemplar me agrada tu embeleso,
tu labio el himno interrumpido entone:
¡qué hermosa placidez!.. ¡qué bello es eso!

Cuando al morir el sol viste esas galas,
matizadas de púrpura y topacio,

ansia siento... ¡no sé!.. de tener alas
y lanzarme tras él por el espacio.

Siento anhelos sin número y sin nombre
de un más allá sublime que concibo,
y es á mis ojos la mansion del hombre
prision oscura donde está cautivo.

¡Tanto ¡ay! el lloro su existencia amarga,
que aun en la copa del festín lo bebe!
¡y es una hora de dolor tan larga!..
¡y es una hora de placer tan breve!..

Luz, aromas, color, vida y encanto,
embriagador placer, solemne calma
reinan en derredor .. ¡Que pueda en tanto
rugir la tempestad dentro de un alma!..

Alza dichoso desde el bosque umbrío
el dulce ruisenñor su voz sonora:
¡desdichado de mí!.. ¡Por qué, Dios mio,
mientras el ave canta, el hombre llora?..

—Jamás, Aurelio, oi tan elocuente
brotar del labio tu dicción galana:
tienes un alma que lo grande siente,
un alma que merece ser cristina

Es la vida del hombre en esta tierra
problema de la cuna al cementerio:
sólo de Cristo la doctrina encierra
completa solucion á ese misterio.

Expiéndido es ese astro moribundo,
vierte aroma la flor y canta el ave,
dulce es esta quietud, grande es el mundo,
bella es la creación... más no lo sabe.

Y tiene el hombre mente do se agita
grande, sublime, gigantesca idea,
y corazón inmenso que palpita,
y siente, y ama, y adivina y crea.

Sólo su inteligencia escrutadora
de la verdad y el bien halla el sendero;
él solo sabe amar, y aun cuando llora,
más grande es él que el universo entero.

De Dios imágen, su adorado nombre
lleva en el alma con su dedo escrito,
y el mundo entero sometido al hombre,
no sacia su anhelar, que es infinito.

De flores y verdor en vano viste
nuestra mansión la hermosa primavera:

es el destierro solitario y triste
en donde gime el alma prisionera.

Del universo entre las ricas galas
el grito suena de su amargo duelo,
pero el dolor le prestará las alas
para volar de su prisión al cielo.

Fuego que purifica y que redime,
símbolo de perdón para el cristiano,
es el dolor la nota más sublime
del misterioso corazón humano.

Por el dolor el porvenir sombrío
dulces y hermosas esperanzas doran:
¡Ay, y qué tristes estarán, Dios mío,
qué tristes estarán los que no lloran!

—Sí, yo recuerdo á mi cristiana madre,
y su recuerdo de pesar me llena,
mártir de la violencia de mi padre,
y siempre en su dolor dulce y serena.

¡Madre del corazón!.. ¿Quién rompió el lazo
que me ligaba á los paternos lares?
¿Quién me arrancó la fé que en tu regazo
me enseñabas al son de tus cantares?

¡Y yo te abandoné!.. Más si alguien dijo
que te dejé de amar... madre, mentía!..

¡Si supieras qué triste está tu hijo,
mi ingratitud tu amor perdonaría!..

—¡Lloras, Aurelio!..

—Perdonad, anciano:

es una triste y dolorosa historia
que roe el corazón como un gusano
cada vez que se ofrece á mi memoria.

Era yo de mi madre el embeleso,
y contento y feliz con su cariño,
en recibir y devolverle un beso
cifrabá entonces mi ambición de niño.

La Virgen y su niño me amparaban,
ofrecíales yo sencillas flores,
y soñaba en un cielo en que flotaban
angelitos con alas de colores.

¡Era yo tan dichoso!.. Pero un día,
día para mi suerte bien aciago,
anhelo de alcanzar sabiduría
me condujo á las aulas de Cartago.

Nubló mi dicha la primera pena

cuando saliendo del paterno techo,
mi santa madre, de congoja llena,
temblando me oprimió contra su pecho.

Miré sin comprenderla enternecido
su amargo duelo y su inquietud extraña:
¡Juan á mi costa luego he comprendido
que un corazón de madre no se engaña!..

—¡Hijo mio, sé bueno!..—sollozando
me dijo al desprenderme de su seno;
—adios, adios, le respondí llorando,—
sí, madre mia, sí, yo seré bueno!

¡Qué agradable impresión desconocida
en mi inexperto corazón produjo
de la africana Roma corrompida
la animación, el esplendor y el lujo!

¡Cuál me agradaba al púgil victorioso
aplaudir en el vasto anfiteatro!

¡Cuál el verso rotundo y numeroso
de placer me extasiaba en el teatro!

Seguí á la Virgen ofreciendo flores,
latía aún mi corazón sereno,
y á la madre escribí de mis amores:

«¿Ves, madre mía, ves como soy bueno?»

Mas de mi santa madre la figura
en mis sueños tenaz me perseguía,
y nublados los ojos de amargura:

—¡Hijo mio, sé bueno!—repetía.

Jóven incauto, de alma soñadora,
de inquieta mente y corazón de fuego,
pronto sentí la seducción traidora
y la seguí desatentado y ciego.

Imágenes sin fin, de encantos llenas
á soñar me encerraba sin testigos,
y ardiente fuego circuló en mis venas
que atizaron los pérfidos amigos.

De sensaciones plácidas é ignotas
mi fantasía despertó al halago,
y arranqué de la lira ardientes notas
que aplaudió con estrépito Cartago.

Pierde aroma y color la flor que asoma
á medida que ensancha su capullo;
y es de las almas la inocencia aroma
que disipan las auras del orgullo!

De gloria y de placer ansia secreta,

de inextinguible amor sueño galano
hervían en mi mente de poeta
é inflamaban mi sangre de africano.

Y la lira al pulsar con mano ardiente
cifra en incauto mi mayor ventura,
el verde lauro que ciñó mi frente
en rendir á los piés de la hermosura.

Cándida imagen, impalpable y vaga
reía en sueños á mi mente ansiosa,
con todos los hechizos de una maga
y las esbeltas formas de una diosa.

¡Ay!.. cuál mi corazón saltó en pedazos
al ver huir su imagen indecisa,
cuando de amor me sepultó en los brazos
el mágico poder de una sonrisa!

¡Cuál inundé con lágrimas mi lecho
cuando al buscar en mi congoja ayuda,
con lúgubre clamor sonó en mi pecho
el llanto de mi madre, triste y viuda!..

Tornaba yo de mi primera orgía
devorado de agudos torcedores,
y al mirar á la imagen de María
marchitas á sus piés hallé mis flores.

Aquella noche, con semblante austero,
transida de dolor miré á mi madre,
y al despertar... doliente mensajero
me anunciaba la muerte de mi padre.

Por mis mejillas, de la fiebre hundidas,
corrió gran tiempo inconsolable lloro;
á mi padre lloré, lloré perdidas
las ilusiones de mis sueños de oro.

Pasó el dolor, pasáronse los años,
volví á correr tras los placeres ciego,
y volvieron los tristes desengaños
sin encontrar jamás paz ni sosiego.

Y mientras yo, del goce en el delirio
buscaba en vano la perdida calma,
en el desierto hogar hondo martirio
padece la madre de mi alma.

Ardiendo el corazón en un infierno,
y con el alma á la esperanza muerta,
me fui á llamar en el hogar materno,
y ella llorando me cerró la puerta.

Reconociendo entonces mi extravío

y reanimado el corazón cobarde,
quise mis hierros sacudir con brío
y pedirla perdón. . . ¡Era ya tarde!..

Entre nieblas densísimas y oscuras
bracear miré la inteligencia esclava,
y al tratar de romper mis ligaduras,
ví ¡desdichado yo! que las amaba.

Del furor el torrente comprimido
del alma mía desbordó en el fondo,
y furiosa estalló, con un rugido
la desesperación, inmenso y hondo.

Quise apurar las heces del veneno,
dí un adiós del hogar á las caricias,
y á Italia vine, en su recinto ameno
buscando nuevo amor, nuevas delicias.

En vano aquella madre cariñosa,
mis yerros olvidando y sus enojos,
corrió á mi lado y prodigó afanosa
la elocuencia del llanto de sus ojos.

Abrazada á mis piés al contemplarla,
compasión me inspiraba su amargura,
y ¡pobre madre!.. resolví engañarla
temiendo la explosión de su ternura.

A dirigir al cielo una plegaria
entró de San Cipriano en la capilla
alzada en una roca solitaria
del mar cartaginés junto á la orilla.

Y mientras ella a Dios el holocausto
por mí ofrecía de su ardiente lloro...
dejaba el puerto mi bajel infausto
que le robaba su único tesoro.

Un siglo de dolor en un momento
fué lo que yo sentí, de pié en la popa,
un siglo en que apuraba del tormento
con implacable lentitud la copa.

Trémulo, absorto, la inquietud secreta
pintada al rostro de sudor cubierto,
cansada de llorar, la vista inquieta
con infinito afán clavé en el puerto.

Aquel semblante para mí tan grato
la vez postrera contemplar quería,
mientras el corazón: «¡Ingrato, ingrato!..»
con su tenaz palpitación decía.

La costa se alejaba, se alejaba...

¡ah si pudiera detener la nave
que la planicie de la mar surcaba
con la serena rapidez del ave!

Negra figura destacaba en tanto
sobre el blancor del arenoso suelo:
¡era mi madre con su negro manto
y de la viuda el enlutado velo!

¡Ah, yo la ví!.. Los asustados ojos
al mar tendió, de sobresalto llena,
alzó los brazos, se postró de hinojos,
y exánime cayó sobre la arena...

No la ví más: el escabroso monte
ante mis ojos levantó su arista,
y cerrando el confin del horizonte
su imagen bella arrebató á mi vista.

No la ví más; pero escuché en el viento
confusa voz, entre severa y tierna...
¡era de amor dulcísimo lamento,
ó era quizás la maldición materna?

¡Ah, no! En mi madre desolada y viuda
más sentimiento que el dolor no cabe:
lejos de mí la congojosa duda:
mi dulce madre maldecir no sabe!..

No acento de furor, ronco y sombrío,
grito de amor que compasión reclama,
era la voz que murmuró: —¡Hijo mío!..—
y yo llorando murmuré: —¡Aun me ama!

Y en ardorosas lágrimas deshecho,
arrepentido ya de mi delito,
exhalar la congoja de mi pecho
quise en un solo penetrante grito.

«—¡Madre!..» —quise gritar, y en la garganta
anudada la voz, fuerza no tuve;
sentí temblando vacilar mi planta
y que mis ojos empañó una nube.

No sé qué me pasó... en aquél momento:
sólo sé que al volver de mi desmayo,
sentí rugir el mar, bramar el viento
y en hondo trueno reventar el rayo.

Mucho he llorado desde entonces, mucho,
y en la tormenta que mi pecho agita,
do quiera el llanto de mi madre escucho
que ¡ingrato, ingrato!.. sin cesar me grita.

No sé qué hado funesto me persigue,



que todos mis placeres envenena,
y sin que nunca su rigor mitigue,
á prolongada muerte me condena.

¡Muriera al golpe del puñal tirano,
que airado brazo con violencia vibra,
y no al lento rigor de negra mano
que rasga el corazón fibra por fibra.

Yo busco la verdad con ansia ardiente,
y de mis ojos la verdad se esconde;
alzo en busca de amor la voz doliente
y á mi grito el amor nunca responde.

Luz y descanso mendigué á la ciencia;
ignorancia y mentira hallé en los sabios;
corrí tras del placer... y la conciencia
me helaba la sorpresa entre los labios.

Soñaba que mi anhelo saciaría
cada nuevo placer que imaginaba,
y siempre la verdad me parecía
el último sistema que escuchaba.

Y goces y sistemas con despecho
luego arrojaba al advertir su engaño,
y una esperanza se agostó en mi pecho
cada vez que brotaba un desengaño.

No hubo alucinación que no abrazase,
y pasé de Manés á Trismegisto:
para que los sistemas agotase,
sólo faltaban Júpiter y Cristo.

Jamás del necio paganismo hubiese
hecho con hostias humear el ara:
si dioses cual los suyos concibiese,
menos que serlo yo no ambicionara.

Siempre me arrebató la hermosa idea,
del cristianismo concepción sublime,
que une la majestad del Dios que crea
con la inmensa bondad del Dios que gime.

Dios que al llanto del hombre no se ablande,
fáltale el más simpático destello:
un Dios que sólo crea, sólo es grande,
pero si ama además, es grande y bello.

No sé qué tiene de Jesús el nombre,
que olvidar no he podido su cariño,
ligado á los recuerdos que en el hombre
la dicha obligan á envidiar del niño.

En la cuna le oí, y el de María,

del rezo maternal entre el murmullo,
y tienen para mi la melodía
y el delicioso encanto de un arrullo.

Mas si la fuente del consuelo encierra,
si es de la dicha y la verdad sagrario,
¡ay! á mi débil corazón aterra
el subir con la cruz hasta el Calvario.

Quise esforzar el varonil denuedo
al encontrarme al borde del abismo,
y huí lleno de espanto: ¡tuve miedo
de que fuese verdad el cristianismo!

Pagué con horas de dolor amargo
breves instantes de insensato gozo,
y aun del mismo placer en el letargo
mi carcajada terminó en sollozo.

Me parecía respirar veneno
el aroma al sentir de los jardines,
y una gota de hiel hallé en su seno
la copa al apurar de los festines.

No en busca de verdad, que no creía,
sino de distracción á mi dolencia,
tus oraciones á escuchar un día
la fama me llevó de tu elocuencia.

Jamás conceptos escuché tan sabios
en dicción tan espléndida y galana:
yo los oí pendiente de tus labios,
y dije luego: «volveré mañana.»

De entonces la palabra ardiente y viva
que cual torrente de tus labios fluye
á tus piés de continuo me cautiva
aunque terrible á mi conciencia arguye.

Y al resonar enérgica y valiente,
del templo por las naves gigantecas,
van cruzando en tropel ante mi mente
relámpagos de luz, nubes de ideas.

Y los recuerdos de la infancia brotan,
y sueño que á María ofrezco flores,
y vuelvo á ver el cielo donde flotan
los ángeles con alas de colores.

Siento que refrigera una esperanza,
mi triste corazón: piedad imploro,
á mis ojos el llanto se abalanza,
las losas riego con ardiente lloro.

¡Ah!.. ¡cuántas veces de emoción convulso,

herí mi frente con nerviosa mano,
y clamando: «¡verdad!..», sentí un impulso
de alzarme y de gritar:—«¡Yo soy cristiano!..»

Mas luego de tu voz se desvanece
la última nota por la extensa nave,
y la hermosa visión desaparece,
y oigo á la duda murmurar: «—¡Quién sabe!..»

Y me parece que á mi espalda cruje
la cadena fatal que me aprisiona,
y ante la voz de la pasión que ruje,
la naciente esperanza me abandona!

¡Suerte fatal que siempre me destina,
libando acá y allá como la abeja,
á seguir la ilusión que me fascina,
y cuanto más la sigo, más se aleja!

Déjame que ante tí mi pecho abra,
de un infeliz la desventura escucha:
desde que oigo tu mágica palabra,
aun es más honda mi espantosa lucha.

¿Sabes lo que es indefinible anhelo
sentir, y hallar la decepción en todo,
alas buscar para volar al cielo
y hallarse siempre encadenado al lodo?

¿Tener el corazón hecho pedazos,
y al querer implorar al cielo ayuda,
faltar la voz y desmayar los brazos
ante el árido espectro de la duda?

¿Mirar, cuando de horror despavorida,
tiendo la vista á mi futura suerte,
nieblas en los problemas de la vida,
nieblas en los misterios de la muerte?

Me hablabas de un dolor dulce y fecundo,
precursor de inefable bienandanza:
¿no sabe qué es dolor en este mundo
el que nunca lloró sin esperanza!

¿Sin esperanza! . . no!.. que yo confío,
Dios de bondad, en tí: ¿podieras darme
hambre de dicha y de verdad, Dios mío,
sólo por el placer de atormentarme?

Todo lo examiné, y en todo herida
saqué el alma de espina punzadora:
ó es un tirano Dios, ó hay otra vida
donde el objeto de mis ansias mora.

Espero ¡oh Dios! que mi tormento ceda,

que de mis ansias el rigor se ablande:
si algo no existe que llenarle pueda,
¿por qué me diste corazón tan grande?

Haz que el placer de la esperanza goce,
ya que la dicha aquí jamás consiga,
y aunque el dolor mi corazón destroce,
la mano besaré que me castiga.

¡Oh de mi amor dulcísima creencia!
si eres una ilusión, no me abandones;
sé al menos una más en mi existencia,
¡qué es tan triste vivir sin ilusiones!...—

Así clamaba, á la región celeste
mirando con afán, cuando cubierta
de negro manto y enlutada veste,
una mujer apareció en la puerta.

Al fulgor del crepúsculo dudoso
Aurelio y la mujer se contemplaron,
y al unirse en abrazo impetuoso,
un grito y un gemido resonaron.

—¡Perdón, perdón para el ingrato hijo!...—
abrazándola Aurelio murmuraba.

—¡Hijo mío, me amabas!—¿Quién dijo,
madre del corazón, que no te amaba?

—¡Mi Aurelio, mi Agustín, luz de mi vida!
¡tanto, hijo mío, imaginar me hiere
que no me amases tú, prenda querida!..
¡ya sé que mi Agustín vive y me quiere!

Ven, que no guarda de tu madre enojos
el pecho para tí: tu error te pesa;
no me lo digas, no, que de tus ojos,
Aurelio mío, el llanto lo confiesa.

¡Ay! . de llorar cansada la pupila,
por tierra y mar ha tiempo que te sigo,
si eres feliz, para morir tranquila,
si triste estás para llorar contigo!

No más, sin tí desconsolada y triste
me harás, Aurelio, derramar el llanto:
tú siempre nn hijo cariñoso fuiste,
y yo te quiero tanto, tanto, tanto!..

—¡Perdón, madre, perdón! No me recuerde
tu cariñosa voz la infamia mía,
cuyo recuerdo el corazón me muerde,
y con toda mi sangre borraría!

—¡Aun es mi dulce, mi querido Aurelio!..

mas el hallarte aquí... ¡Dios soberano!
¿escuchaste la luz del Evangelio?
mi Aurelio, mi Agustín, ¿eres cristiano?

— ¡Ay! no lo sé.. Quizá lo es ya mi mente;
pero lucha el temor con el deseo:
no sé, madre, qué soy; mas solamente
puedo ser yo católico ó ateo!

— ¡Piedad, Señor, piedad: no más taladre
su corazón y el mío su extravío!
¡ten compasión, Ambrosio, de una madre,
sálvamele, por Dios, que es hijo mío!..

— Mujer, mujer; en tu dolor terrible
de los consuelos de tu fé te acuerda:
espera en Dios, mujer, que es imposible
que hijo de tantas lágrimas se pierda.

Desde la cruz el Hijo del Eterno
vió á la Madre llorar de sus amores,
y desde entonces el dolor materno
es el más redentor de los dolores.

Espera en Dios, que cuanto pide alcanza
la madre que llorando á Dios implora,
y tú, Aurelio, también, ten esperanza,
ten esperanza, sí; tu madre llora.

FR. CONRADO MUIÑOS SAENZ AGUSTINIANO.



